

La calle para el miércoles 29 de octubre de 2008
 Diario de un espectador
 Quémese después de leer
 por miguel ángel granados chapa

La calle

Diario de un espectador

Quémese después de leer

por miguel ángel granados chapa

La cinta más reciente de los hermanos Joel y Ethan Coen es una hilarante mofa de todo: del género cinematográfico en que podría ubicarse su cinta si no se tratara de burlarse de él; de los servicios policíacos y de inteligencia de los Estados Unidos; del egoísmo que destruye las convenciones socialmente admitidas; de los modelos de belleza imperantes, etcétera.

Linda Litzke (Frances McDormand) es una mujer ya no tan joven a la que no cuadra la soledad y por eso busca pareja en internet, sin percatarse de que el administrador del gimnasio en que trabaja está enamorado de ella. Para facilitar el encuentro con el que hombre anhelado, Linda se propone rehacer su cuerpo, mediante cirugías estéticas en el rostro, las nalgas, las piernas. El presupuesto de las operaciones, sin embargo, es tan alto que no lo cubre el modesto seguro de gastos médicos que le ofrece la compañía propietaria del gimnasio.

Su joven compañero de trabajo, Chad (Brad Pitt), un muchacho siempre en movimiento, ejercitando su cuerpo al compás de la música que no deja de oír en sus auriculares portátiles, aparece de pronto con lo que parece la solución al problema económico-estético de Linda. Tiene consigo un disco encontrado en la zona de vestidores para mujeres, que Chad supone que tiene información clasificada, cuyo propietario seguramente tendrá interés, traducible en dinero, por recuperar una pieza que podría comprometerlo.

La información fue compilada en una computadora por Osborne Cox (John Malcovich) un agente de la CIA (mejor dicho un reciente ex miembro de esa agencia), que al ser despedido porque “tiene problemas con su forma de beber”, es decir se trata de un borrachín que ha hartado a su esposa Kattie. Eso ocurre en realidad de tiempo atrás, tanto que ella se ha hecho de un amante, Harry Pfarrer (George Clooney), un viejo policía dedicado a tareas administrativas, a quien ella supone tan enamorado que se casarán tan pronto como ambos se divorcien. Pfarrer dice que lo hará pero no parece decidido a hacerlo, contento como está con su esposa, autora de exitosos libros para niños que por eso mismo sale con frecuencia de gira, lo que deja a Harry en libertad de divertirse con amantes de ocasión y con Kattie. Con ella tiene tal intimidad que hacen el amor hasta en el domicilio de los Cox, especialmente después de que Ozzie es prácticamente echado del domicilio conyugal por su esposa, que prepara su divorcio de modo de obtener ventajas, para lo cual esculca la computadora de su marido, en busca de información financiera (que aprovecha para vaciar una cuenta en que su firma vale como la de su marido), y lo que encuentra son notas sueltas dizque para las memorias que Cox intenta escribir entre trago y trago. Kattie pone en un disco esos apuntes, y ese disco es el que Linda y Chad piensan que puede dejarles una fortuna.

Intentan primero chantajear a Cox, que por supuesto se niega a pagar nada por una información que ignora cómo fue obtenida por los empleados del gimnasio. Como si vivieran todavía en tiempos de la guerra fría, Linda y Chad buscan vender la información que suponen importante a la embajada soviética, cuyos funcionarios se sorprenden de que alguien intente ofrecerles información sobre seguridad nacional, que era importante antaño pero no en los días que corren. Ante el fracaso de esa nueva tentativa, buscan poner en una encrucijada a Cox, a cuyo domicilio entra Chad en busca de nueva información, pero lo que halla es la muerte.

Estamos contando aquí de manera lineal algunas de las historias que se entreveran en *Quémese después de leer*, la cinta de los Coen que hasta en el título conlleva un pitorreo al estilo de instrucciones que se hacen llegar a los espías. Pero ellos la urden de otra manera.